

*Lobo.*—Déjale; más tarde ha de interesarle y mucho, por cierto.

*Barba Azul.*—Desgraciadamente es hombre.

*Mitil.*—Y a mí, que soy mujer, ¿no ha de interesarme?

*Caperucita.*—¿Sabes, Polichinela, por qué Colombina te hace sufrir?

*Polichinela.*—¡Cuánto daría por saberlo!

*Barba Azul.*—La culpa es tuya.

*Polichinela.*—¿Mía?

*Cenicienta.*—No le hagas caso. Colombina habría sido buena...

*Polichinela.*—¡Buena lo es!

*Caperucita.*—Habría sido fiel...

*Polichinela.*—¡Fiel me es y mucho!

*Lobo.*—Habría sido enemiga de encelarte...

*Polichinela.*—¡Si no soy celoso!

*Barba Azul.*—No le habría gustado coquetear con éstos y con aquéllos...

*Polichinela.*—¡Y bien que le gusta!

*Cenicienta.*—Si en su juventud hubiese tenido una madre afectuosa; si en el tablado de la farsa eterna, hubiese encontrado el cariño profundo que sólo el corazón materno sabe prodigar.

*Polichinela.*—¿Y crees que sea posible corregirla?

*Lobo.*—¡Naturalmente!

*Polichinela.*—¿Aún ahora?

*Caperucita.*—Nada es imposible para un alma enamorada. Haz como hicimos nosotras, Cenicienta y yo, y lograrás domar a la inconstante Colombina.

*Lobo.*—¡Como Cenicienta domó al Caballero de la Barba Azul!

*Barba Azul.*—¡Y como la linda Caperucita supo doblegarte a ti, presuntuoso!

Don Quijote, con majestuoso caminar, ha ido acercándose.

*Don Quijote.*—¿Quién habla de doblegar a quién?

*Polichinela.*—¡Salve, Caballero de la Triste Figura!

*Don Quijote.*—¡No he hecho tan triste figura en el mundo como tú crees y como tú la hiciste!

*Polichinela.*—¡Me ofendes!

*Don Quijote.*—Un vil farandulero no puede sentirse ofendido por las palabras del más valiente de los caballeros andantes.

*Cenicienta.*—¡Haya paz, señores!

*Polichinela.*—Por mi parte siempre la ha habido y siempre la habrá.

*Lobo.*—Nunca supiste, de verdad, sentirte ofendido.

*Don Quijote.*—En lo que a mí me corresponde, habrá paz si este menguado afirma que es cierto, como en realidad lo es, que no hay en el mundo mujer más encantadora que la dueña de mis ensueños: la sin par Dulcinea del Toboso.

*Barba Azul.*—No habrá dificultad para que Polichinela así lo afirme.

*Caperucita.*—Dulcinea tuvo siempre un corazón generoso.

*Cenicienta.*—Si bien era y es doncella de las más preciadas, por sus acciones y por la manera gentil como supo inspirarte en tu larga vida de aventuras, pareciera una madre amorosa que estuviese continuamente velando, aunque de lejos, por todos y por cada uno de los pasos que en el mundo va dando su hijo bien amado.

*Don Quijote.*—Eso fué y eso es para mí: una madre bondadosa, la más alta dama por la que puede batirse, en lucha desigual y sin igual, el más andante de los caballeros andantes.

*Polichinela.*—Si es así, declaro, como lo deseas, que en el mundo no hay más encantadora mujer que tu dama, doña Dulcinea del Toboso.

*Caperucita.*—Gracias, valientes caballeros.

*Don Quijote.*—¡Ese no es caballero!

*Caperucita.*—Gracias os sean dadas porque habéis desistido de vuestros anhelos de lucha.

*Cenicienta.*—Habríais turbado la dicha y la tranquilidad de este delicioso jardín.

*Lobo.*—Lo que habría sido doblemente doloroso.

*Don Quijote.*—¿Por qué te atreves a hacer esa afirmación?

*Cenicienta.*—Porque estamos en presencia de una de las hadas bienhechoras de nuestra pobre humanidad.

*Don Quijote.*—¿Y qué desea la gentil dama, émula de la dulce y deliciosa princesa Micomicona? ¿Hay algún entuerto que desfacer? La invicta espada mía está a sus reales órdenes.

*Barba Azul.*—Ha viajado el mundo entero en compañía de estos dos chiquitines.

*Don Quijote.*—¿Y qué buscan los dos arrapiezos? ¿Justicia contra algún desalmado? ¿Dónde está ese malandrín?

*Polichinela.*—No es eso lo que buscan...

*Don Quijote.*—Calla tú, escudero de escuderos; no eres quien para explicarme lo que no sé.

Entra Schehrazada seguida por las Ilusiones, vestidas todas como lo que realmente son, como ilusiones.

*Schehrazada.*—Vengo, Noble Caballero, siguiendo los vuelos de esta bondadosa Hada: he sido yo quien ha tratado de ayudarle a encontrar el pájaro azul de los ensueños, obsequio valioso que deseaba hacer a estos dos encantadores chiquitines; en vano he ido haciéndole conocer, una a una, todas las ilusiones de mi alma que conmigo vienen ahora; todos mis esfuerzos han sido inútiles, pues en ninguna de ellas ha descubierto lo que tanto deseaba hallar.

*Don Quijote.*—¿Y estas deliciosas damas son...?

*Lobo.*—¿No has oído? Son las ilusiones.

*Cenicienta.*—Con vuestros encantos que son muchos, ¿no habéis logrado nada?

*Ilusión de Retr.*—Mis risas entusiastas y sinceras, cascabeles armoniosos de una alegría enloquecedora, no hicieron impresión alguna en ellos.

*Ilusión de Cantar.*—Con mis canciones preferidas, cadenciosas unas, apasionadas las otras, no pude cautivar su atención.

*Ilusión de Bailar.*—Mis bailes, de todos los ritmos, de todas las regiones y de todos los tiempos, fueron inútiles movimientos ante sus miradas severas.

*Ilusión de la Primavera.*—Los matices, fuertes y suaves, y los misteriosos y penetrantes perfumes de mis jardines encantados, pasaron, ante sus sentidos, sin dejar en ellos, rastro alguno de dicha verdadera.

*Ilusión del Invierno.*—La blancura de mis nieves y la caricia, llena de escalofríos, de mis vientos helados no les interesaron ni un momento siquiera.

*Ilusión del Otoño.*—Y mis frutas deliciosas y el vino generoso de mis lagares causaron, en ellos, una sensación de momento, fugaz como todos los momentos.

*Ilusión del Estío.*—Mis calores sofocantes que hasta a las ninfas desnudas obligan a buscar las sombras generosas, no les produjeron interés alguno.

*Ilusión de los Colores.*—Desde el rojo apasionado hasta el místico violeta, todos los colores que me entretengo en formar jugueteando con la luz, fueron vano pasatiempo para ellos.

*Ilusión de la Lluvia.*—Ni eso lograron obtener las brillantes gotas que, como miradas de mujeres ensoñadoras, hacía caer del cielo para que, al repicar, al igual de campanillas armoniosas, en los techos y en las hojas, llamasen su atención.

*Ilusión de Amar.*—Cuanto ejemplo grandioso de amor